

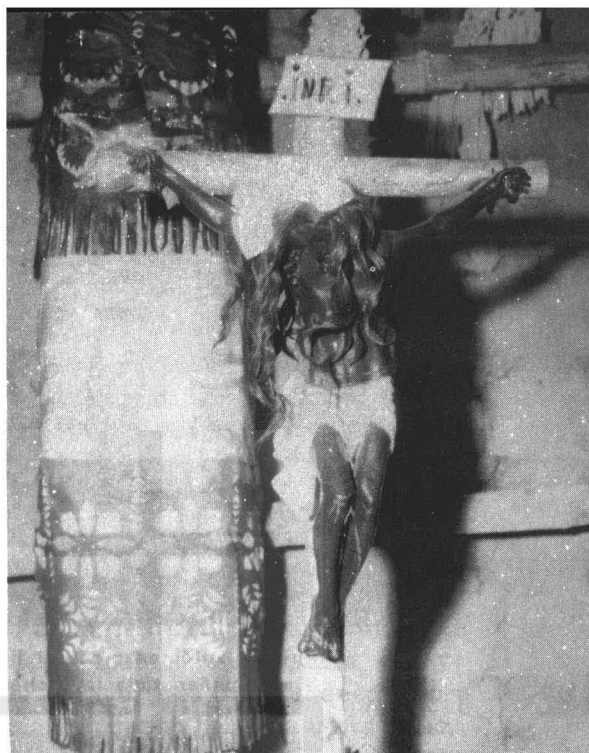
INDIGENISMO

La Noche de los Muertos

Francisco Mena Guerrero

Esto sucede cada año en Nahuizalco —la víspera del Día de Finados (como llaman los indios a sus muertos)— y allá fuimos una noche de un 1º de Noviembre, mi compadre Laínez (fotógrafo-artista de San Salvador) con el que hicimos conjuntamente las fotografías, y el que escribe.

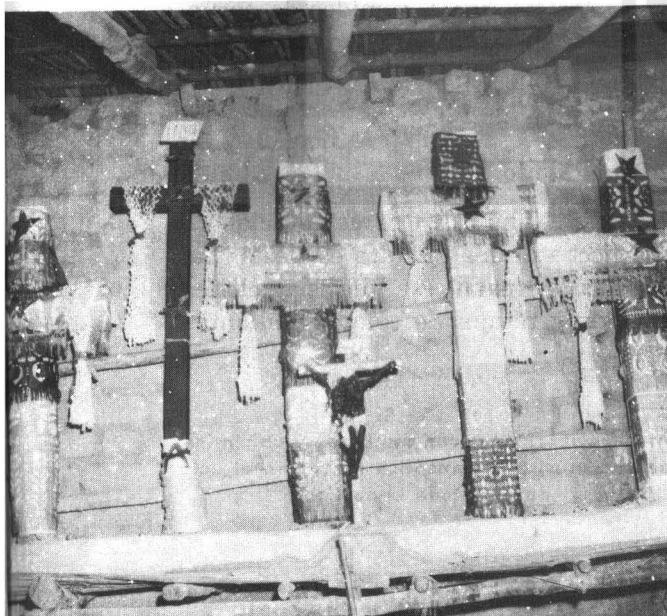
Nahuizalco es una populosa villa alargada en un pequeño valle al pie de su colina Loma Larga; la pueblan ladinos y un fuerte conglomerado indio (unos 18,000 habitantes urbano-rurales). Levantada a 230 metros sobre el mar y distante a 8 kilómetros en línea casi recta al norte de Sonsonate, que fue un franco³⁰ asiento español en tiempos de la colonia. Su arranque como pueblo se pierde en la historia y sólo tradicionalmente se dice que cuatro familias del lugar de Los Izalcos la fundaron a raíz de la conquista, pero es posible que este origen legendario sea extraído de la etimología nahuatl de su propio nombre, que significa: "cuatro izalcos o izalqueños". En la cronología de los documentos españoles —a fines de 1548— aparece Nahuizalco en la tasación hecha por



El Cristo de la Cofradía, escultura negra con cabellera de mujer, a la que se rinde culto en la noche de los muertos.

López de Cerrato de pueblos e indios, con el nombre de Naocalco y con 280 indios tributarios. Es probable que este documento sea para Na-

Mesa rústica de troncos engalanada con papel blanco donde colocan el Cristo de la Cofradía y cinco cruces al fondo ricamente ataviadas con papeles chinos de colores, perforados con bellísimos motivos y dibujos ancestrales





Mujeres autóctonas con chales, blusas y refajos de colores, que acompañan toda la noche a sus hombres y a sus muertos.

huizalco su “partida de nacimiento” en la ciudadanía de los pueblos indohispánicos.

La Conmemoración de los Fieles Difuntos que la Iglesia universal celebra con lúgubre liturgia en memoria de los muertos, en Janitzio (pueblecito en el lago de Pátzcuaro, en México) y en Nahuizalco (pueblo en El Salvador) —de los que personalmente tengo noticias— lo fúnebre se trueca en festejo.

En Janitzio la noche de los Santos Difuntos, la población autóctona de la isla (un poco más de 700 indios tarascos), conmemora a sus muertos

con alegres comidas junto a las tumbas, adornadas éstas con profusión de velas y flores. Amalgaman sus recuerdos con rezos, comidas de corundas (tamales), bastante bebida (chichas) y cantos acompañados de guitarras que se tornan melancólicas en aquel escenario de alcohol y de Camposanto.

En Nahuizalco la celebración de la noche de los Finados es fiesta. Las indias estrenan ese día sus chales, blusas y refajos de colores chillantes.



Cofrades aborígenes con tamboras y chirimías, que con música melancólica amenizan el acto durante toda la noche.

Tumba mediana de un indígena adornada con grandes flores blancas en forma de cruz.



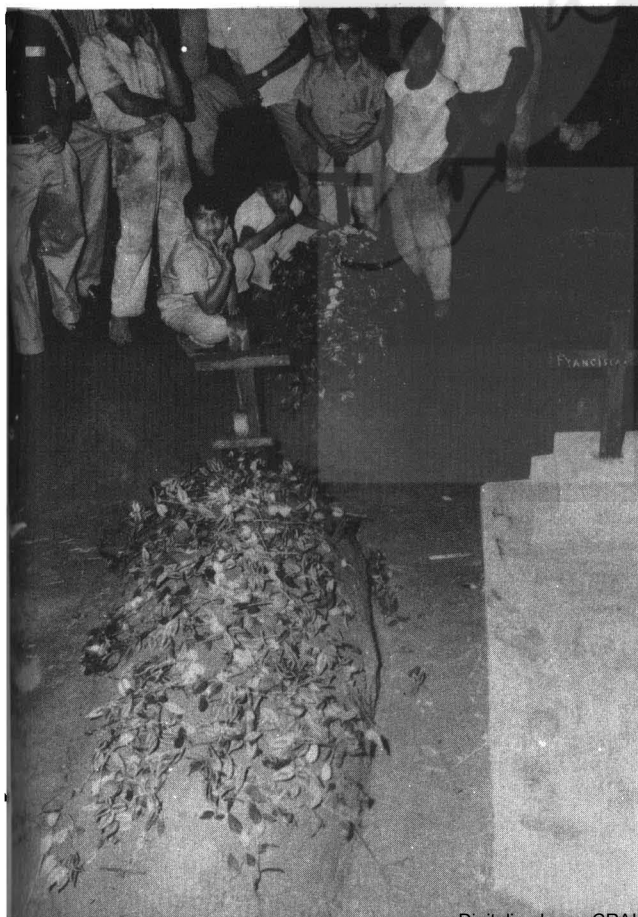
En el cementerio reconstruyen con piedra y barro los sitios donde enterraron a sus deudos, hasta formar túmulos afinados, que adornan con flores silvestres —de preferencia con la “flor de muertos” que es de amarillo intenso y de olor fuerte y desagradable— y algunas siembran matitas de flores u hojas de color. A los pies del muerto ponen velas encendidas y las mujeres de la familia están allí sentadas, con la cabeza envuelta en los chales, mustias, herméticas, hasta que las velas se consumen. En el intermedio, comen canchules (tamales) y toman tragos de chicha (aguardiente). Antes ponían sobre las tumbas enfloradas, tamales, dulces, panes, etc. y sobre las de los hombres, además de las comidas, la botella de chicha. También había mujeres lloradoras (plañideras), que lo hacían a voces sobre los túmulos.

Existe una Cofradía encargada de organizar estos festejos, que siempre comienzan en la casa del Mayordomo, generalmente aborigen. Para ellos es un honor ofrecer a un ladino del pueblo, ser Padrino de la Cofradía, y cuando lo nombran le llevan presentes a su casa: licor, pan, tamales, etc. El Padrino es el que traslada en sus brazos el Cristo de la Cofradía, en la procesión que va de la casa del Mayordomo a la casa del Cementerio al atardecer del 1º de Noviembre. Tiene que poseer la virtud de tomar ese día chicha de cada una de las botellas de los cofrades que lo eligieron.

Esa tarde, los niños en grupos con alguna imagen pequeña, recorren el pueblo y van de casa en casa diciendo:

“Angeles somos
Del cielo venimos,
Canchules pedimos,
Pa nuestro camino”.

Tumbas grandes y pequeñas profusamente adornadas con flores silvestres, predominando el color amarillo intenso.



Y en cada casa les dan: refrescos, tamales, dulces, panes.

Por la noche, la entrada al Cementerio es una feria. Todo el pueblo se ha volcado allí. Los candiles de acetileno, con sus altas y níveas llamas, dan un blancor a las ventas más diversas: gaseosas, pupusas, ponches, dulces, panes... Las dueñas de los negocios llevan las cabezas envueltas, para protegerse tradicionalmente de los males del sereno de la noche. La casa del Cementerio está luminosa de alegría. El Cristo Negro con cabellera de mujer y resplandor de plata está refulgente: todo el mundo llega a adorarlo y le deja su óbolo. Al fondo, cinco bellas cruces ricas de color y de motivos, le guardan la espalda. En los bancos de alrededor, los cofrades están en cuerpo y ofrecen a visitante —con mucha gentileza— chicha en huacal. Ellos la toman seguidamente en un solo trasto en común y de una olla hirviendo sacan y comen canchuelas. Y así toda la noche... Los cofrades artistas interpretan música propia con tambores, chirimías y carambas; sus melodías son tristes, depresivas, profundas. A medida que se alcoholizan, sus interpretaciones se vuelven más nostálgicas: es la eterna añoranza del indio, que sueña en tiempos pasados que no volverán. Esta noche —paréntesis de tamales, música y alcohol— simboliza en la amarga realidad, esperanza de algo mejor más allá de la muerte.

Ya es el alba. Las velas se han consumido todas en las tumbas. De la negra espesura del Cementerio y de lo profundo de sus recuerdos, van saliendo las mujeres mustias, herméticas, envueltas en sus chales. Estuvieron con sus muertos y ahora, fieles, acompañan a sus hombres.

La feria ha terminado y las gentes como sombras se deslizan a sus hogares. En la casa del Cementerio hay una fiesta de fuego: las tamboras, las chirimías y las carambas arden; la olla hirviente de los tamales está apagada, la chicha abunda y es apurada con más prontitud; los cofrades, duermen unos, discuten otros y algunos pelean; los rostros indios color de barro están brillantes y los cerebros oscuros; las mujeres velan esta vez a los vivos; y en aquella fiesta de ardor y de fuego, los únicos serenos son los muertos...

Mi compadre Laínez y yo salimos de regreso. En el fondo de nuestras retinas —cámara y ojo— traíamos grabado el homenaje de un pueblo en la noche de sus muertos.

Túmulos de barro afinados con las manos sobre los sitios donde enterraron a sus deudos, estando adornados con flores aquellos cuyos familiares disponen de algunos medios económicos.

